

EL DESTINO MANIFIESTO DE AMÉRICA LATINA

Palabras del Presidente de la Corporación Escenarios y Ex Presidente de Colombia, Ernesto Samper Pizano.
Santiago de Chile, octubre 2007

En América Latina siempre se ha hablado de un “destino manifiesto” que ataría la región a la suerte de los Estados Unidos. La doctrina Monroe a través de la cual Estados Unidos reclamó títulos sobre estos países frente a Europa, el Tratado Interamericano de Defensa y el más reciente Consenso de Washington que tuvo mucho más de Washington que de Consenso, podrían ser considerados como desarrollos históricos de este matrimonio indisoluble que nos convertiría a los latinoamericanos, siguiendo a Shakespeare, en juguetes del destino de los Estados Unidos.

Recientemente, el profesor conservador norteamericano Robert Kagan lanzó una polémica tesis sobre Poder y Debilidad, que ha causado una tormenta académica, sostiene que los países ven el poder y sus límites según sus propias condiciones de fortaleza o debilidad lo cual explicaría porque Norteamérica se autoproclama como el gran policía del mundo, dedicado a mantener militarmente el orden internacional y a “ganar guerras; Europa, racional y temerosa heredera de Kant, tendría a su cargo la misión persuasiva de salvar el mundo a través de la búsqueda de consensos sobre leyes y principios universales. Los europeos, concluye Kagan, habrían optado por el modelo multilateral como consecuencia de su debilidad militar.

La polémica planteada por el Profesor Kagan nos lleva a algunas reflexiones pertinentes en este Foro que examinará el estado actual de las relaciones entre Europa y América Latina. Lo peligroso no es el unilateralismo militar de los EEUU sino el unilateralismo moral que le sirve de justificación ética; lo malo no son las armas al servicio de unos principios sino el derecho que se atribuye quien las utiliza para decidir arbitrariamente los límites que separan lo bueno de lo malo y lo justo de lo injusto. Dicho de otra manera, lo que hoy nos separa a europeos, latinoamericanos y norteamericanos no son valores y principios que aun compartimos, sino la forma de defenderlos a través de la represión o del diálogo, del multilateralismo o del hegemonismo. En Guadalajara, América Latina y Europa tomaron partido por el multilateralismo pero, lamentablemente, no han sido capaces, hasta hoy, de concretar su posición en una propuesta concreta de reforma del sistema de Naciones Unidas.

La noción de terrorismo divide también las dos concepciones sobre el destino manifiesto de los actores principales de esta parte occidental del mundo. En Estados Unidos se cree, simplistamente, que el problema del terrorismo se resuelve persiguiendo terroristas, Europa plantea que detrás del fenómeno del terrorismo se encuentran razones sociales, étnicas y de justicia social que explican la complejidad de su desafío. Temas como los derechos humanos, la sociedad de la información o la cohesión social - que serán preocupaciones en este Foro - no son para los europeos que buscan asegurar el mundo haciéndolo más justo, aspiraciones románticas sino exigencias políticas. El debate debe terminar en la escogencia del modelo de Estado que requerimos; entre un Estado dedicado a la guerra y la seguridad preventiva y uno de bienestar que domestique el capitalismo y evite el choque de civilizaciones, América Latina se queda con este último.

Europa tiene que cumplir un papel de referente ético para América Latina. A diferencia del Imperio Romano que convirtió la igualdad jurídica de todos sus súbditos en un paradigma moral, EEUU se ha resistido a formar parte de la "comunidad ética global" integrada hoy por los países firmantes de protocolos humanitarios como el Tratado de Kyoto sobre el calentamiento global, el Tribunal Penal Internacional para la persecución de crímenes contra la humanidad, el Protocolo de Río sobre biodiversidad o la Convención de Ottawa contra las minas antipersonal. Defender este mínimo común denominador moral podría ser un buen punto de partida de una nueva alianza interatlántica que acerque las dos regiones alrededor de una nueva Agenda Política. Nosotros, los latinoamericanos, aunque prisioneros del destino manifiesto, preferimos la idea del imperio civilizador de Francia o la del imperio modernizante de Inglaterra en la época victoriana, a la del poder convertido en ley que hoy gobierna las relaciones internacionales.

Nuestro futuro también se ha visto atrapado, más recientemente, por el mito del libre comercio. Las relaciones entre países no pueden seguir siendo medidas en flujos de mayor o menor comercio. El libre comercio no es la panacea que arreglará todos nuestros problemas. Otros aspectos vitales, como la reducción de asimetrías sociales y geográficas, la protección del trabajo de los migrantes o la reducción de los subsidios agrícolas de los países desarrollados deberían ser tenidos en cuenta para que este matrimonio fuera estable y duradero. La experiencia reciente de los tratados de libre comercio con Estados Unidos nos deja un sabor agridulce.

¿Estamos más unidos hoy de lo que estábamos hace quince años? No, no lo estamos. La meta planteada en 1992, en Miami, de llegar al final de siglo a un gran bloque americano no se cumplió. Lo que hoy tenemos es un archipiélago de tratados bilaterales y subregionales de libre comercio algunos de los cuales reventaron viejas alianzas regionales de integración como la Comunidad Andina de Naciones y nuevas alianzas como la de Mercosur. Los dirigentes americanos fuimos en este caso inferiores a nuestra responsabilidad histórica. La triste realidad de hoy es que los índices de desigualdad social se han agravado y por todas partes se perciben movimientos de inconformidad democrática. Tal vez tenía razón el campesino de Chiapas cuando, refiriéndose al NAFTA decía: “estábamos mejor cuando estábamos peor.”

América Latina debe hacer causa común con Europa para encarar los desafíos de la globalización, porque será allí donde se resolverán las grandes paradojas globales: entre la liberalización comercial y la reducción de las asimetrías sociales; entre la libre movilidad del capital y la del trabajo a través de los migrantes; entre la protección de soberanía y la intervención por razones humanitarias y entre la democracia impuesta a la fuerza y la democracia como resultado de la legitimidad. Tal vez haya llegado el momento de pensar en una “integración más estratégica” por proyectos y no por países como lo fue en sus orígenes la Unión Europea con la Comunidad del Acero y el Carbón; y seguir ejemplos como el del Plan IIRSA propuesto por la CAF, para establecer un puente de infraestructura entre el Pacífico y el Atlántico.

Cualquier acción en este sentido debe empezar por integrarnos nosotros mismos, a partir de una reflexión sobre lo que somos y representamos como colectivo, tal y como lo pedía aquí mismo Pablo Neruda. Dicha introspección seguramente nos llevará de la mano a Europa y nos alejará de ese fatal destino que hasta hoy nos ha identificado, estérilmente, como amigos o enemigos de los Estados Unidos.